

EN BUSCA DEL MESTIZAJE PERDIDO

In Search of Lost Miscegenation

Carlos Pérez Ariza

Universidad de Málaga (España)

El proceso histórico llevado a cabo en Iberoamérica que conocemos como mestizaje trasciende la mezcla de las tres razas: la indoamericana, la blanca europea y la africana. El encuentro de los españoles con aquellas culturas amerindias supuso un choque para ambos. Las dos culturas tomaron una de la otra para amalgamar un continente mestizo casi desde los primeros momentos. Allí llegó el afán conquistador de riquezas junto a la cruz evangelizadora del catolicismo en una cruzada por convertir almas, y el cruce de los hombres de España y Portugal con las nativas –desde Hernán Cortés al más humilde soldado– creó familias y América empezó a poblarse de gente mezclada. Este artículo pretende exponer las bases del trabajo de investigación que estamos realizando desde la Universidad de Málaga para explorar y profundizar –tanto como nos sea posible– en este experimento único en el mundo que se inició durante el siglo XVI. Hablamos de intentar comprender la magnitud que significa estudiar el único continente mestizo del mundo. No es baladí haberlo denominado Mundo Nuevo, porque en verdad lo es.

Palabras clave

Mestizaje, Hispanoamérica, EE UU, leyenda negra, Consejo de Indias, universidad, periodismo

The historical process carried out in Ibero-America that we know as mestizaje transcends the mixture of the three races: the Indo-American, the white European and the African. The encounter of the Spaniards with those Amerindian cultures meant a clash between them. Both took one from the other to amalgamate a mestizo continent, almost from the first moments. There came the conquering desire for wealth, the evangelizing cross of Catholicism in a crusade to convert souls and the crossing of men from Spain and Portugal with the natives, from Hernán Cortés to the humblest soldier, they created families and America began to be populated by people mixed. This article aims to expose the bases of the research work, which we are doing from the University of Málaga, to explore and deepen, as much as possible, in this unique experiment in the world that began during the sixteenth century. We talk about trying to understand the magnitude of studying the only mestizo continent in the world. It is not trivial to have called it the New World, because it is true.

Keywords

Miscegenation, Latin America, USA, Black Legend, Council of the Indies, University, Journalism

Por el indigenismo léxico nuestra lengua presenta una de las facetas más brillantes de su proyección internacional, pues las voces de procedencia indoamericana constituyen uno de los grupos más importantes de préstamos recibidos del español por numerosos idiomas de todo el mundo, si no se trata del de mayor relevancia.

(Frago García y otros, 2001)

Hablar de lo que nos une con la América iberoamericana y con la hispanidad que habita en Estados Unidos, cuyo territorio fue explorado en primera instancia por europeos españoles, es la tarea que nos ha preocupado y unido a un grupo de docentes de la Universidad de Málaga. Tras el trabajo académico que vienen realizando Juan Antonio García Galindo y su grupo de investigación desde el Aula de Estudios Trasatlánticos, sumamos ahora, bajo el mismo cobijo y el mismo afán, la Cátedra del Mestizaje Universal. Estamos generando lazos de reunión con América Latina y Estados Unidos de América desde todos los ángulos posibles. Tanto a través de las academias como con las instancias gubernamentales y diplomáticas. Este es un proyecto que tiene vocación de largo aliento y que desea agrupar a cuantos más mejor.

España ha venido incubando un largo y profundo complejo de culpa por su legado en América toda. Lejos del orgullo, de haber construido un continente hermano en la cultura, desde el idioma o la religión a la raza mezclada, España se ha arrinconado en su propia «leyenda negra», pues los mismos españoles la pusieron en la órbita de todo lo malo que los conquistadores hicieron allá, que lo hubo. Los enemigos históricos de España en aquellos siglos de la conquista y colonización –principalmente ingleses, franceses y holandeses–, en medio de las pugnas entre la Reforma y la Contrarreforma, aprovecharon bien a Bartolomé de las Casas para denigrar e implantar la mala conciencia. España se defendió mal. Y ha guardado con celo su mala relación, su mala conciencia con ese continente libre, lejano, pero tan cerca de una de las culturas más ricas del mundo. Como ha dejado escrito la profesora María Elvira Roca Barea en su libro *Imperiofobia y leyenda negra*: «Los españoles de hoy tienen, cuando la tienen, una relación con aquel imperio bastante confusa».

Aquella España ya no existe. No se puede seguir instalado en el pasado si se quiere alcanzar el futuro. Hay que explorar ese tiempo lejano, desde luego, para poder entender dónde estamos y ha-

cia dónde vamos. La premisa es que juntos seremos más fuertes. Al menos nos entendemos en el mismo idioma y somos sobre 550 millones de personas. Lo insólito es que aquella «leyenda negra» siga viva. Esa hispanofobia sigue vigente. Leemos noticias de algunas ciudades estadounidenses donde se denigra lo hispánico, simbolizado por estatuas de Cristóbal Colón a derribar. Algunos –incluso desde tribunas académicas– aseguran que fueron los vikingos, hacia el año 1000, los primeros en llegar a costas americanas. Puede ser incluso cierto, pero los vikingos no establecieron el mundo moderno, esa autopista marítima de ida y vuelta que inició la globalización a la que hemos llegado hoy en día. Eso lo hizo Colón, que era europeo; español, porque su empresa fue de España.

La verdadera diferencia y característica de la presencia española en América, desde el más remoto norte al extremo sur del fin del mundo, es que se construyó un universo hispano, heredero de la cultura de la Roma antigua y católico. Era la marca de la época. Y eso se realizó con el mestizaje no solo de las razas, sino de la cultura en su conjunto, la que los españoles encontraron allí y la que traían. Los protestantes no se mezclaron, salvo casos puntuales, como el que Hollywood ha explotado con el inglés John y la indígena Pocahontas, aunque más cercano a la ficción que a la realidad. Historia hermosa si hubiera sido una forma de amor generalizada que creara familias, como hicieron los españoles desde su misma llegada a las tierras americanas. Lo que fue la América española, la que hoy llamamos más generalmente América Latina –incluida Brasil–, es el único continente mestizo del planeta. Y también EE UU, donde los anglosajones americanos blancos y protestantes tienen que convivir ya con unos 60 millones de hispanos, como ellos los llaman. No hay muro que pueda detener a nuestra cultura. Los movimientos migratorios y la buena mezcla de razas es una característica de este mundo global. También una de las garantías de una posible paz mundial a futuro.

La hazaña de aquellos españoles, difícil de entender si no se conoce, si no se ha recorrido aquel inmenso continente, fue inabarcable. Desde el Caribe hasta la Tierra del Fuego, desde México hasta Alaska. El primer pueblo fundado por esos exploradores en lo que hoy es Florida se llama San Agustín y aún está allí, la ciudad más antigua de EE UU. Una nación poblada de ciudades con nombres españoles y cristianos: Los Ángeles, San Diego, Las Vegas, San Francisco, San José, San Antonio, Santa Fe, entre otras. La lista es copiosa. Estados de la Unión como California, Colorado, Florida, Montana, Nevada, Nuevo México, Texas o Utah deben sus nombres a toponímicos hispanos. Desde que Juan Ponce de León desembarcó en esas tierras del norte en 1513

y las llamó Florida, el actual territorio de los actuales EE UU entró en la historia de Occidente. Ciento siete años después llegarían los peregrinos del *Mayflower*.

En esta más que miserable vida / a tanto las locuras se extendían / que humana compasión fue despedida / y enormes desconciertos acudían, / pues para proveerse de comida / mataban de los indios que traían, / hecho que por maldad se solemniza / y al cristiano varón escandaliza (De Castellanos, 1975).

Ante los desmanes del horror conquistador que llegaban a la corte de España, se alzaron voces desde la Iglesia del Dios cristiano para detenerlos. Desde el primer momento los pobladores indígenas fueron considerados por las leyes de Indias súbditos de la corona de España. Y aquellos españoles nacidos en las colonias, criollos, eran españoles a todos los efectos. En las Cortes de Cádiz (1810-1812) tuvieron amplia representación. Desde los primeros momentos del Nuevo Mundo se estableció una jerarquía jurídica. En 1520 Carlos I (o V) crea el Consejo de Estado, que se encargaba de establecer la política general y exterior. Desde el punto de vista jurídico, el Nuevo Mundo nunca fue considerado una colonia de España, sino una parte del Imperio en igualdad de condiciones. Los indios americanos fueron pensados como súbditos de la corona de España tanto como los peninsulares. Nunca se empleó el término «colonia» en las leyes del Imperio español de la época (Roca Barea, 2017). A tal fin se creó el Real y Supremo Consejo de Indias. Las guerras de independencia del siglo XIX, que asolaron el continente desde México a Chile, se pueden considerar guerras civiles. Fueron los criollos –españoles nacidos en América–, con su inspirador principal, el general Francisco de Miranda, quienes libraron aquella lucha por desembarazarse del dominio imperial y poder comerciar según su propio juicio sin tener que pagar prebendas a la madre patria. España, con Fernando VII al frente, manejó aquella tormenta como la rebelión que fue, pero sin la visión de futuro que habría podido buscar soluciones mediante acuerdos de liberación y colaboración comercial más libre y abierta. Pero eran otros tiempos y aquel Borbón tampoco dio para más.

En su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542), fray Bartolomé de las Casas quiso plantear ante el mismo rey Carlos I (o V) lo que él creía que era la verdad de lo que allí sucedía. Su objetivo fue que la corona española acabara con el sistema de encomiendas. Lo consiguió. «La sanción real de Carlos V en 1542 a las llamadas Leyes Nuevas restringía las encomiendas y la esclavitud de los indios» (García Cárcel, 2017). Pese a las protestas y

desobediencia de los encomenderos, las Leyes de Indias garantizaban, al menos sobre el papel, que los indios tenían todos los derechos como súbditos de la corona de Castilla. Los españoles en el terre-

España se ha arrinconado en su propia ‘leyenda negra’, pues los mismos españoles la pusieron en la órbita de todo lo malo que los conquistadores hicieron allá

no no podían privarlos de tales reconocimientos. La lejanía y la lentitud de las denuncias abonaron un terreno propicio a la ilegalidad, aunque los juicios de residencia a los españoles abusadores fueron abundantes.

Se asumió la expansión de aquel imperio con la cultura, la cruz y el mestizaje racial. Se aplicó el llamado modelo ovandino en 1502 –por fray Nicolás de Ovando–, que estimulaba el poblamiento de los nuevos territorios con el desarrollo urbano, el mestizaje, elección local de alcaldes, corregidores y el ascenso por méritos. Sin duda, una manera moderna equiparada a los nuevos tiempos que inauguró la era de los descubrimientos. Ese procedimiento tuvo su origen en la política de distribución de tierras aplicada en España durante la Reconquista. Del clásico *castrum* romano se tomó la cuadrícula: calles en línea recta y manzanas o bloques cuadrados o rectangulares con una plaza mayor –en memoria del foro romano–. Completaban ese diseño urbano clásico la iglesia mayor –después catedral– y el cabildo. En base a ese plan se construyeron Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Panamá, Cartagena de Indias, Santa Marta, San Juan, entre otras muchas nuevas ciudades que aún siguen en Iberoamérica. En Hispanoamérica todavía se mide el espacio urbano llamando «cuadras» a las calles en recuerdo a aquella distribución en cuadrícula.

Ya en 1573, el Consejo de Indias prohibió ocupar asentamientos indios para fundar ciudades. La jurisprudencia es copiosa, amplia y se cumplió en lo fundamental. La historia de la época acumula desmanes, que en su amplia mayoría fueron vistos por los juicios de residencia, con los que los acusados eran juzgados en el lugar de los hechos. En muchos casos fueron condenados a pagar sus culpas. Hay

que citar como ejemplo el del fundador de Caracas, Diego de Losada, quien fue sometido a juicio de residencia en la audiencia de Santo Domingo y se le declaró culpable de los cargos que se le imputaban.

El sistema inicial de encomiendas originó serios abusos. Los encomenderos recibían tierras como recompensa por los servicios prestados y se les asignaba un grupo de indios. Fue un régimen de servidumbre entonces común en Europa, que apenas salía de la Edad Media. Las Leyes Nuevas de Indias acabaron con este sistema, lo que originó bravas respuestas de quienes habían gozado de tales prebendas. Los abusos fueron perseguidos por la justicia del Imperio. Tras la independencia de América de la corona española, los representantes de la casta criolla quitaron a los indios los privilegios legales que esta les había otorgado. Gran parte de sus territorios fueron expropiados por los nuevos gobernantes (Rojas Pinilla, 2016), que en muchos casos no pertenecían a esa casta criolla, sino que eran caudillos de clase baja que se habían alzado con el poder durante las guerras de independencia.

Vivir en dos mundos: una experiencia personal

Descubrir América es entender que Europa existe más allá de su propia nariz. Aunque no es Europa aquella tierra inmensa y generosa. Es otra cosa. Una amalgama de acentos que son tan españoles como el de la madre patria. Un continente mestizo, el único en el mundo. Y eso incluye a EE UU y Canadá, aunque allí se hablen más que el español los otros idiomas europeos: el inglés y el francés. Es un continente tan largo como ancho. El planeta globalizado, este de ahora mismo donde ocurren y sabemos cosas tan sorprendentes gracias a la interconexión mundial en tiempo real, tiene una garantía en el mestizaje como antídoto contra la xenofobia. Porque el racismo ha vuelto a presentarse en escena cuando lo creíamos erradicado. La herencia española en América es justamente reivindicar que somos muy iguales en la diferencia. En las escuelas americanas y españolas se debería enseñar con mayor profusión la historia que tenemos en común para aprender lo parecidos que somos. El mestizaje es trasponerse en el otro sin dejar de ser uno mismo. Traspasar fronteras desde el lejano norte al profundo sur hablando el mismo idioma es una experiencia inigualable y única en el planeta. Quien lo ha hecho lo sabe. Yo lo sé porque lo hice. Imaginad si la Unión Europea (UE) hablara un solo idioma en lugar de veintiocho lenguas oficiales: esa UE sería verdaderamente fuerte.

Desde la España de la década de los cincuenta, donde el color gris imperaba como forma de vida

silenciosa, mi familia se trasladó a Venezuela a finales de 1959. Con casi doce años te llevan a ese Nuevo Mundo sorprendente, tan diferente a aquella España del colegio de los Hermanos Maristas, de fe y patria cerrada, de primeros viernes de comunión obligada, de Semana Santa, escapulario y rosario en el bolsillo. De una Málaga pequeña dormida junto a la mar mediterránea al Caribe de luz, de peces voladores, de aguas tibias embriagadoras. Los once interminables días de navegación desde Cádiz al puerto de La Guaira para un niño eran como viajar por el túnel del tiempo. Aprendí que los barcos no eran buenos amigos de mi estómago, porque entrañaban mareo, vómito y palidez, además de no poder tragar un bocado. Aun así, me compuse a medida que el Atlántico se abría hacia ese nuevo mar que para mí era historias de piratas, islas refugio de bucaneros. Ya había leído algo e imaginaba más de lo que la realidad me iba a mostrar.

Cuando llegué al Caribe la luz apenas te permitía abrir bien los ojos, demasiada para la media mediterránea. Hay un calor diferente al del verano malagueño. Hay una temperatura canicular inabarcable que se suaviza de noche, cuando los sonidos de la selva pueblan la oscuridad, pero la humedad sigue en el ambiente. Hay que acostumbrarse, me decían. Y era cierto, un niño se acostumbra rápido. Para ojos tan ávidos de aventuras visuales, la agitada vida de aquel puerto era un mundo verdaderamente sorprendente. Los coches (carros) eran todos inmensos, americanos, y desde ese mismo día me atraparon. En la Málaga que había dejado atrás sin saber si volvería algún día, nunca había visto unos carros como aquellos. Un primo mayor, metido en no sé qué negocios malagueños, había comprado un Biscuter, en el que alguna vez me había invitado a pasear. Pero aquellos carros americanos eran coches de verdad. El otro enamoramiento instantáneo fueron las mujeres. No tenía ojos suficientes para admirar a aquellas chicas que, vestidas del verano eterno, parecían ninfas del paraíso y creí que lo eran. La mujer venezolana ha ganado fama de bella y lo es gracias al intenso mestizaje que es habitual y les da esa belleza única. La primera venezolana que ganó el título de Miss Mundo (en 1955) se llamaba Susana Duijm. Años después la conocí personalmente y era la viva imagen de esa beldad mestiza tan característica de las mujeres venezolanas que les ha dado puestos prominentes por bellas, preparadas e inteligentes. El tenue invierno malagueño quedó atrás para siempre o eso creí en aquel primer año de los sesenta.

El traslado desde aquella Málaga detenida en otra época a Caracas fue como adelantar el tiempo de una semana a otra. Tenía la ciudad –aún manejable, con apenas un millón de habitantes– una red de autopistas urbanas de este a oeste. Caracas es-

taba tan avanzada que en esos años era la primera ciudad de Latinoamérica. Su universidad pública la había diseñado el arquitecto venezolano Carlos Raúl Villanueva, quien tuvo la visión de integrar el diseño arquitectónico con los representantes más destacados de las creaciones plásticas de la época. Conjuga ese campus universitario –donde años después yo comenzaría la carrera de Periodismo– obras de Alexander Calder –sus nubes flotantes dan sintonía acústica al aula magna, espacio escénico donde en los ochenta se representó una de mis obras de teatro–; murales de Víctor Vasarely, Wilfrido Lam, Fernand Léger; esculturas de Jean Arp y Henri Laurens. Se estudiaba allí en un entorno de alto contenido artístico. La UNAM de México y la Universidad Central de Venezuela (UCV) son los dos únicos campus de América con la distinción de patrimonio de la humanidad, otorgada por la Unesco. Y había televisión, que vi por primera vez en aquella Caracas recogida e inmensa al mismo tiempo.

No lo sabía aún ni lo entendía, pero llegaba como inmigrante a un país que era una república y acababa de salir de una dictadura, inaugurando un Gobierno democrático de consenso. Era la IV República, que iba a durar hasta 1999, cuando el exteniente coronel, Hugo Chávez, electo presidente, instauró la V, cambió la Constitución de 1960 y torció la historia por otro derrotero. Viví durante treinta y dos años de mi vida en una república en democracia, con todos sus pros y sus contras; pero aprendí a votar mucho antes que los españoles de mi generación. Eso lo llevo en mi mochila vital. Lo fui aprendiendo en el colegio, donde terminé el bachillerato tras una dura reválida entre los estudios españoles de la época y los de allí, mucho más avanzados. Lo único que era igual, aunque con los modismos y palabras propias de Venezuela, era el idioma. Eso me facilitó los estudios inmensamente, aunque tuve que aprender la gramática de don Andrés Bello, que en el fondo no es tan diferente. También me atrasó un par de años, ya que el papeleo entre España y Venezuela fue lento y farragoso. Todo era por correo postal, pues no había, ni se imaginaban, las comunicaciones de ahora. Para mi oficio, que elegí a la edad de ingresar en la universidad, hablar y escribir en español fue y es fundamental. El más rico legado, sin duda, que España implantó en las Américas. Por el idioma entra toda la cultura, la forma de captar y entender el mundo. Toda la vida pasa por la lengua con la que hablamos y nos entendemos. Marca a fuego el pasado, el presente y el futuro. Y es el alma de nuestros pueblos.

El mestizaje te atrapa sin que te lo propongas. La mezcla es a dos vías: lo que traes y lo que encuentras. ¿Cómo no quedar aferrado por Venezuela? Una tierra espléndida con habitantes abiertos, educados, amables, cariñosos. En comparación con

el régimen que teníamos en la España de la época, aquello era el paraíso. Y eso debió pasarles a los primeros españoles que llegaron allí. Obnubilados por el murmullo de la selva, expandidos por sus costas, aferrados a aquella tierra prometida, descubriendo los nuevos olores, dando nombre a las nuevas frutas –según las nombraban los indios–, aprendiendo a comer alimentos como el maíz, las papas, los tomates o el cacao... El gusto se expande, porque la mezcla comienza por los sentidos primarios. Después se agregan las vivencias, el roce personal de amigos del colegio, del trabajo, del vecino. Cuando aprendes que Venezuela es un Estado federal formado por regiones y estados, que es un país que basa su PIB en la economía del petróleo y la extracción de minerales diversos, que los sabores se te instalan en el paladar, que conoces su historia desde los pobladores autóctonos y que el fundador de Caracas –Diego de Losada– asesinó al gran cacique Guai-caipuro –traicionado por otros jefes supuestamente amigos–, y te das cuenta de que al dinero se le llama plata porque las monedas de aquellos mis primeros años eran –efectivamente– de plata, Venezuela se te mete en la piel para siempre. El mestizaje es un proceso lento que no puedes evitar si la fascinación por aquella tierra se te aloja en el alma.

Palabras de uso común hoy en español son de origen indoamericano: aguacate, barbacoa, batata, cacahuete, cacao, cacique, caimán, campeche, canoa, caníbal, cayo, coco, copaiba, cazabe, chicle, chile, chocolate, hamaca, guano, maíz, piragua, quina, sabana, tapioca, tomate; y alpaca, cancha, coca, cóndor, china, choclo, cholo, guanaco, llama, mita, palta, papa, puma, quena, soroche, totora, vicuña, entre tantas más (Frago García y otros, 2001).

La mimetización plena les ha sucedido a muchos europeos que conozco, a otros tantos no tanto. En esos años aprendí palabras en italiano, en portugués, en gallego, en vasco, en catalán; la emigración era europea. El inglés era el idioma del petróleo y de la escuela. Personalmente frecuenté poco o casi nunca los diversos clubes hispanos que había en Caracas: La Hermandad Gallega, el Centro Asturiano, el Vasco, el Catalán, la Casa Canaria, la de Portugal. Eran sitios de alegre reunión, de fiestas del recuerdo local de cada región. Tal vez teníamos un rechazo inconsciente a asistir, recordaban demasiado a la España de la época. En mi familia creíamos que mantener esa nostalgia podía producir más daño que alegrías. Tal vez estuviéramos equivocados. Tal vez faltó la perspectiva de que la dictadura de Francisco Franco cesaría algún día, porque en aquellos primeros sesenta parecía eterna. Lo cierto es que nos fuimos adaptando más a lo que Venezuela era. Es tan así, tan intenso, que yo sigo hablando con mi acento del español de Caracas, como si

hubiera nacido allí. Pertenecer a dos países –el de nacimiento y el de adopción– es una gran fortuna personal. A eso yo lo llamo mestizaje. Al final lo importante es que nos posee un idioma universal, rico y que sigue en expansión.

**Descubrir América es
entender que Europa existe
más allá de su propia nariz.
Aunque no es Europa aquella
tierra inmensa y generosa**

En los sesenta terminé el bachillerato y accedí a la UCV, que fue cerrada por el Gobierno de Rafael Caldera durante un largo período. Tomé la decisión de seguir mi carrera de Periodismo en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). No podía perder más tiempo, ya había esperado dos largos años para continuar con la secundaria. Es decir, llevaba dos años de retraso. Entendí bien el conflicto del Gobierno. Empeñado en acabar con la guerra de guerrillas que se originó en 1961 –inspirada por la Revolución cubana–, Caldera cerró la UCV argumentando que era un foco de insurrección comunista. Lo paradójico es que en la UCAB, una universidad privada dirigida por la Compañía de Jesús, se estaba incubando una pequeña revolución. Un grupo de jesuitas vinculados a la Teología de la Liberación preparaba un movimiento para liberalizar aquella universidad. Fueron los años más agitados de mi vida universitaria. Incorporado al Movimiento UCAB-LIBRE, me convertí en el dirigente estudiantil de la Escuela de Periodismo. Al final se produjo la renuncia del rector Pío Bello, jesuita conservador, y nombraron a un ingeniero seglar como nuevo rector. El conflicto interno dividió al profesorado y estudiantes, y duró tres meses largos. El Papa Negro, superior mundial de los jesuitas, el padre Pedro Arrupe, tuvo que presentarse allí para poner orden en la Compañía. Todo volvió a la regularidad, pero esos acontecimientos cambiaron para siempre aquel colegio grande y lo transformaron en la gran universidad que es hoy en día.

Fue una buena Escuela de Periodismo. Yo tuve la fortuna y la necesidad de trabajar en un periódico mientras estudiaba. Así que cuando me gradué era un periodista formado, aunque aún tenía mucho

que aprender. Este es un oficio en el que jamás dejas de conocer la sociedad y a las personas, y eso es un proceso inacabable. Sigo en ello. Me ayudó a conocer la España a la que volví en 1991. Desde el diario *El Sol* de Madrid pude seguir un curso acelerado para comprender y conocer la nueva sociedad española, que era inédita para mí. Una democracia como la venezolana, con sus imperfecciones y su lento discurrir para profundizarla –algo que no hizo en su momento–, finalmente llevó a la aventura del socialismo del siglo XXI, auspiciada por los profetas redentores inspirados en revoluciones fallidas. Esto me enseñó que el reino democrático de la libertad de expresión tiene sus bemoles. Me lo dijo Mario Benedetti:

Cercado por las dificultades económicas, por la escasez de tiempo disponible, por la distorsión que por lo general introducen en su arte otros oficios –periodismo, docencia, traducciones, etcétera– que debe ejercer para sobrevivir; cercado por las diversas formas de censura, con su natural derivación de autocensura; por las presiones de todo tipo; por las persecuciones y deslindes políticos, el escritor latinoamericano es –salvo en el caso poco frecuente de integrar la alta burguesía– un ser acosado, cuyas angustias suelen ser más graves que la de otras víctimas del acoso, sencillamente porque su oficio es pensar, es imaginar y es también buscar salidas (Benedetti, 1977).

Siempre pensé que había que detener la autocensura, la más íntima y peligrosa de todas. Y ese es un rasgo inherente a las democracias todas: las de allá y las de aquí. Justamente ese asunto originó mi retorno a España. Gané el Premio Iberoamericano de Periodismo, cuyo tema era la libertad de expresión. Curiosamente, ahora tiene una significación especial para mí, pues dicho concurso fue convocado por la Sociedad V Centenario y el Gobierno autónomo de Canarias. Participaron más de treinta trabajos de América Latina y España. Esa fue la puerta que se abrió para volver a mi país. Fue duro el aterrizaje. Con buena experiencia pero sin contactos en el medio, la recolocación fue ardua. Pero, como me dijo en Madrid en una conferencia Camilo José Cela, quien conocía Venezuela, «en España quien tiene paciencia al final triunfa». Sabía de lo que hablaba y así ocurrió. Lo que no me dijo fue cuántos años hay que mantener esa paciencia.

Lo primero que supe y sentí cuando volví a vivir en España –primero siete años en Madrid y después veinte en Málaga– fue que hemos estado muy de espaldas a Iberoamérica. Se dio un *boom* empresarial español en los noventa. La reconquista del continente a través de bancos, eléctricas, petroleras y telefónicas, entre otras actividades. Algunas con éxito, otras enfrentadas a las imprevisibles

leyes locales. No es esa la única o exclusiva vía. Eso no ha sido suficiente. La hermandad cultural, esa herencia, ha sido dilapidada a través de, sobre todo, los siglos XIX y XX. El intento de celebración del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos no estuvo mal, pero no cerró heridas. Aquella inauguración de la Casa de América en Madrid –la cual cubrí– es un buen intento de acercarse al universo hispanoamericano, sin duda. Las cumbres que se inauguraron en Madrid en 1992 han decaído en importancia real y sus declaraciones no se convierten en actuaciones a largo plazo. Se echa en falta una amplia política de Estado, que no de Gobierno, acerca de programas de unión para el progreso. El caso de Cuba es el ejemplo más reciente. En las negociaciones del Gobierno del presidente Barack Obama y el Vaticano para descongelar las relaciones Cuba-EE UU, España estuvo al margen. El primer presidente europeo que visitó la isla tras el acuerdo fue el francés François Hollande. Siempre me pregunto cómo sería el mundo actual si el desembarco en América hubiera sido financiado por la Francia del siglo XV y no por España, y si allí se hablara francés y no español. Esos 550 millones de hablantes franceses tendrían un peso específico mundial tremendo. ¿Por qué no lo tenemos nosotros? En París funciona el Instituto de Estudios sobre América Latina y en España no hay uno similar. Ellos, los franceses, acuñaron el término «América Latina». En México la figura de Hernán Cortés aún sigue siendo vista como un héroe y un villano. Amor-odio en el país más singular de América y tal vez el más hispano de todos. Cargamos con el complejo de la culpa de los desmanes cometidos en aquel siglo XVI. Una leyenda negra inagotable. No se puede juzgar con equidad lo sucedido en aquellos años con la moral instalada en el siglo XXI. Y, sobre todo, hay que poner en la balanza los hechos que construyeron un continente hispanoamericano, que es el que tenemos hoy.

Mi carrera como periodista y mi interés por conocer ese continente mestizo en español, investigar sus claves, comprenderlo me llevó por voluntad propia y por mi trabajo a recorrer esa inabarcable tierra del norte al sur; del mar Caribe al Pacífico. Aprendí que la cultura indoamericana está presente en cada curva del camino. Para emprender la investigación que estamos iniciando en la Cátedra del Mestizaje Universal nos hemos acercado a la comunicación prehispánica. Es una de las claves para entender la dimensión del significado del encuentro de dos culturas: la primitiva autóctona, según la entendían los españoles y portugueses, y la propia europea, donde los procesos de la información pública o privada estaban controlados severamente por las instancias gubernamentales y religiosas. No obstante, hay que destacar lo que encontraron en

materia de comunicación. «Siglos antes de cualquier desembarco vikingo o español, proliferaban en los centros urbanos de la Mesoamérica clásica, o de alto nivel, y más allá, inscripciones nativas con detalles de los principales sucesos sociales y políticos, tal cual se hacía en ciudades de Súmer y en otras de Mesopotamia» (Ferreira, 2006, citado en Beltrán Salmón y otros, 2008). Los encargados de transmitir tales informaciones se prevén como los antecesores de los cronistas de la conquista y de los periodistas coloniales y, posteriormente, los republicanos. Y agrega Ferreira: «Basándonos en lo que sabemos hoy día, la información en la América antigua es claramente sesgada. Lo que más registraron los escribas eran las historias de sus monarcas, sacerdotes y nobles» (*op. cit.*). Pero se puede afirmar que esa prehistoria de la información en América pertenece a los orígenes más auténticos de la información en aquellos pueblos.

Cuando terminé Periodismo me tomé tres meses para recorrer en autobús desde Caracas a Lima. Viajé con el pueblo en esos transportes en trayectos de diez a quince horas, atravesando Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Fue mi primer máster en sociología del mestizaje. Los rostros, las comidas, las urbes, las iglesias, los museos, los mercados indígenas tal como fueron. La verdadera América se conoce en las carreteras imposibles. En los caminos de vértigo de los Andes. En el aire sin oxígeno de Quito, de Cuzco. En la mirada ancestral de los indios. En las calles mestizas de Bogotá. Antes, en 1973, había viajado a Santiago de Chile para reportar mi primer trabajo como enviado especial. Fue en septiembre de ese año. Cuando el experimento socialista de Salvador Allende fue eliminado de raíz por el golpe de Estado cruento dirigido por el general Augusto Pinochet. La ventaja de ser periodista es que estás al lado de la historia y ese privilegio es impagable. Después estuve en Nicaragua, frente sur, donde se batía el Comandante Cero del Frente Sandinista de Liberación Nacional, Edén Pastora. Con entrevista al cura trapense y poeta de Solentiname en el Gran Lago de Nicaragua, Ernesto Cardenal. Un religioso de la Teología de la Liberación cuyas homilías de los domingos eran estudiar a los guerrilleros de América Latina, los verdaderos santos de la época, afirmaba. Después fue ministro de Cultura del sandinismo. Más tarde aún, 1978, en el Irak del partido Baaz, regido por Sadam Hussein, que se preparaba para la guerra con su enemigo de religión, el Irán de los ayatolás. Y Cuba, en cinco ocasiones durante la década de los ochenta. Donde me percaté de que aquella revolución tenía avances en sanidad y educación, pero había secuestrado la libertad individual. Y el arte, exceptuando la música, había decaído del empuje inicial de los años sesenta. Me interesaron, en compañía de un

grupo de intelectuales venezolanos, las causas de tener en el continente un país gigante, Brasil, que por no hablar español y nosotros ignorar su portugués habíamos estado de espaldas. Tan cerca y tan alejados. En los primeros ochenta iniciamos un estudio y acercamiento a su cultura, inmensamente rica. Se empezó una corriente de entendimiento mutuo, de traducciones de su literatura, de sus tele-novelas, de su música, inmenso legado al mestizaje cultural. Viajé un mes de diciembre a Río de Janeiro. Que quedé deslumbrado sería poco expresivo. De la mano de un par de colegas periodistas, fui a las favelas; al ensayo de una escuela de samba que preparaba su espectáculo para el Carnaval de febrero. Vi, escuché y gocé dos horas y media a Gal Costa en el Canecão de Río. Y comprendí, desde luego, lo que nos une en el mismo mestizaje de tres razas que ha dado esa explosión cultural al mundo que está en sus comidas, en la samba, en la bossa nova, en el fútbol que comienzan a jugar descalzos con una pelota de trapo. Un pueblo grande, maravilloso, potente, generoso, alegre, pacífico, aunque canten *tristeza nao tem fim, felicidade sim* en la canción de Antonio Carlos Jobim *A felicidade*.

Como periodista he vivido este oficio a plenitud, aunque no todo ha sido tan arriesgado como aquellos escenarios de Chile, Irak, Nicaragua o Cuba. La mayor parte del tiempo el ejercicio del periodismo es traducir teletipos, reseñar ruedas de prensa de políticos que cuentan mentiras, escribir columnas de crítica de teatro; lo hice durante diez años. Entrevistar a personajes por teléfono o en la cálida sala de una casa, café o té por medio. La aventura del periodismo en escenarios de conflicto siempre es de alto riesgo. Cuando empecé a trabajar en *El Sol* de Madrid en 1991-1992, estaba en su apogeo el conflicto de los Balcanes. Se me insinuó ir allí. Lo desestimé por mi edad en esos años, que ya pasaba un tanto de los cuarenta. En Yugoslavia cayeron decenas de periodistas fijados en la mira telescópica de los francotiradores. Tras mi experiencia en América, puedo afirmar que arriesgarse en tales espacios informativos es tarea difícil y siempre incierta. Salir vivo es el principal objetivo. Si no, ¿quién informa? Fueron los años periodísticos en Madrid, en la calle Huertas del barrio de las Letras. Viví en el número 64 de esa calle, donde había vivido el poeta León Felipe hasta su exilio a México. Frente a esa casa está el convento de las Trinitarias, donde afirman que está enterrado don Miguel de Cervantes.

En mi caso, también el mestizaje racial ha significado la prueba más evidente de que ha sido y es la vía para la concordia. Tres hijos de mis matrimonios con venezolanas magníficas, a su vez enraizadas entre Europa y América. Mi vida a caballo entre las

dos orillas y mi vinculación profunda a Venezuela me ha recompensado con esos hijos y tres nietos. Ahora, al frente de la Cátedra del Mestizaje Universal de la UMA, la honra y el trabajo académico que tenemos por delante me confirman que esto del mestizaje es una de las fortunas más inmensas de las que disponemos los hispanoamericanos. La vida tiene vericuetos insospechados. Toma atajos que te conducen a los orígenes. Y esos son los que contienen la esencia de lo que somos. Lo que pudimos ser y no fue queda en el limbo de la imaginación. El trabajo científico da poco margen a imaginar. Se cobija en hechos comprobados, sean cuales sean: los duros y los amables. Para esa tarea estamos preparados. Haber vivido en los dos mundos, el Nuevo y el Viejo, da una amplia perspectiva para enfocar mejor la visión del estudio, el análisis y la comprensión de procesos sociales tan complejos. Si nuestros aportes ayudan a tal cosa, estaremos seguros de que vamos embarcados en un proyecto provechoso para ambas orillas. Salud y libertad.

Fuentes y bibliografía citadas

- Beltrán Salmón, Luis Ramón (dir.) y otros (2008): *La comunicación antes de Colón*. La Paz: Centro Interdisciplinario Boliviano de Estudios de la Comunicación (CIBEC).
- Benedetti, Mario (1977): *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. Buenos Aires-Caracas: Latinoamericana de Ediciones.
- De Castellanos, Juan (1975): *Aventuras de varios ilustres varones*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Ferreira, Leonardo (2006): *Centuries of Silence. The Story of Latin American Journalism*. Connecticut: Praeger.
- Frago García, Juan Antonio; Franco Figueroa, Mariano (2001): *El español de América*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- García Cárcel, Ricardo (2017): *El demonio del sur. La leyenda negra de Felipe II*. Madrid: Cátedra, p. 158.
- Roca Barea, María Elvira (2017): *Imperiofobia y leyenda negra*. Madrid: Siruela, pp. 294-295.
- Rojas Pinilla, Jesús Ángel (2016): *Los invencibles de América*. Madrid: El Gran Capitán Ediciones, pp. 25-35.

Fuentes y bibliografía consultadas

- Cardenal, Ernesto (1970): *Homenaje a los indios americanos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- García Cárcel, Ricardo (1990): *La Inquisición*. Madrid: Biblioteca El Sol.
- Herrera Luque, Francisco (1981): *La huella perenne*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Sin autor (1995): *América Latina*. Madrid: Acento Editorial.
- Vila Selma, José (compilador) (1981): *La mentalidad maya. Textos literarios*. Madrid: Editora Nacional.